

# Vieja medicina

Rafael Bullé-Goyri Minter<sup>1</sup>

**R**epulsa, a primera y segunda vistas, causa el anónimo grabado del siglo XVI que retrata una operación quirúrgica y que se encuentra en algún museo de algún lugar. En una habitación de techo bajo y tapizada con flores de lis, se halla un elegante tálamo con cariátides en los soportes del baldaquino y un almohadón sobre el que yace un enfermo rodeado de siete personajes ocupados en diversos menesteres. Hay en el grabado dos mujeres que realizan tareas indiscernibles, un afilador de cuchillos, un criado que penetra al aposento llevando alimentos y vino y otro más que calienta paños en un hornillo. Llama especialmente la atención un gato que se entretiene en el suelo con los restos de un miembro del doliente.

Entre esos personajes sobresalen los dos cirujanos que están a punto de practicarle una trepanación. El cirujano mayor —de calzas, bombachas, gola, jubón y medias— sostiene en la mano izquierda un cincel que apoya en la cabeza del desgraciado, colocado en decúbito supino, mientras que con la derecha prepara el martillo con el que dará el golpe. El cirujano menor, de capa larga y excéntrica escarcela, observa imperturbable la inminente acción.

Por supuesto, no hay anestesista, pues la anestesia consistía en esos duros tiempos de la medicina en un poco de opio que adormecía levemente, o en sangrías que debilitaban tanto al paciente que le provocaban un sueño que, empero, no bastaba en modo alguno para evitar el intolerable dolor provocado por la operación quirúrgica. Sobrecoge imaginar lo que siguió a esta escena congelada en el grabado.

Relaciona Hayward, en un excelente librito, los instrumentos y técnicas que se empleaban en la cirugía premoderna. Destacan entre ellos el aceite hirviendo para las heridas infectadas, el hierro al rojo vivo para sortear las hemorragias y la sierra para amputar los miembros. Pyle, viejo médico de la corte de Isabel I de Inglaterra, relata a su vez que si algo le molestaba particularmente al operar era el polvillo que se desprendía de los huesos seccionados, el que le causaba tales estornudos que debía suspender por varios minutos la cirugía, para desgracia del paciente, atado con correas y cadenas y tan lúcido como se puede estar en un trance tal.

La amputación de miembros era una de las operaciones que contaban con el mayor número de adeptos. En los círculos ilustrados aún se comentan las proezas del doctor Keiner, quien sólo en 1876 practicó nueve mil, lo que,



<sup>1</sup> Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana, Apartado Postal 478, 91000 Xalapa, Ver., tel. (2)812-57-40, e-mail:rbuleg@bugs.invest.uv.mx.

de cualquier manera, no era tan horripilante en tales épocas. Conociendo de antemano los funestos resultados de una cirugía así, bien se hubiera podido hacerla más misericordiosa recurriendo al tajo del hacha que al lento y bestial corte de la sierra. Pero no: el hacha era herramienta de verdugos, no de cirujanos; así que estos recurrían a la segueta para ganar respeto y posición. En fin, pareciera que la cisura de los músculos con navajas todavía teñidas con la sangre del anterior paciente, o el abrasamiento de las heridas mediante el hierro candente, eran operaciones que respondían más a la sevicia del cirujano que a la necesidad de aliviar las mortificaciones del enfermo.

Sin los medios asépticos que se descubrieron tres siglos más tarde, los resultados de tan groseras cirugías eran desastrosos: una pequeña herida, una fractura, tenían como secuela irremediable la gangrena o la septicemia, y, de ahí, la tumba.

Durante los tres siglos que siguieron, estos bárbaros procedimientos no se mejoraron grandemente en la cirugía ni en la medicina. En esta última, que se basaba en la teoría hipocrática de los humores, se recurría casi invariablemente a las sangrías, vejigatorios, sudores y purgantes —pero sobre todo a las sangrías— para aliviar, también en teoría, cualquier enfermedad, con independencia de sus causas y síntomas. Recuérdense tan sólo la fístula anal de Luis XV de Francia, operada una y otra vez sin el consuelo de un poco de anestesia, o las extracciones dentales practicadas por barberos validos de tenazas. Son espeluznantes, por ejemplo, las descripciones que hacen Ralph Roeder y otros biógrafos de Benito Juárez de los medios a él aplicados para salvarlo de la muerte, dentro de los que destaca el uso del agua hirviendo aplicada a su pecho, la que levantó una extensa ampolla de varios centímetros de grosor y que, de todos modos, fue inútil.

Si el olor de los hospitales modernos nos parece crispante a quienes no practicamos la noble profesión de la medicina, el de los galerones de antes debió ser insoportablemente nauseabundo. El mismo Hayward habla con respeto de los médicos y sus ayudantes, tan acostumbrados a la fetidez de las salas que podían reconocer cuándo es que había un "excelente mal olor quirúrgico".

Nos quejamos hoy día de las inyecciones intramusculares, nos parece insufrible el taladro dental y abominamos el lavado gástrico. Son tormentos inaguantables, según nos parece. Un dolor de cabeza nos tumba en la cama y un raspón en la rodilla nos impide trabajar tres días. Pero póngase el lector en el predicamento de enfermar en los siglos pasados, de sufrir una fractura compuesta que desembocaba en la amputación, una infección mínima que reclamaba el hierro o una hemorragia que exigía el aceite humeante, y se percatará que no todo tiempo pasado fue mejor.

Medicina computarizada, cirugía de precisión hasta la micra, portentosas prótesis semibiónicas, anestesia perfecta, sorprendentes trasplantes de órganos, antibióticos, vacunas, analgésicos y vitaminas a granel; eso y mucho más es lo que gozamos hoy, y todavía nos quejamos.

